

¿por qué de los animales no pensamos lo mismo? ¿por qué atribuimos á no sé qué inclinación natural y baja las obras que sobrepasan lo que nosotros somos incapaces de realizar, ni por naturaleza ni por arte? Con ello, sin advertirlo, los achacamos ventajas inmensas sobre nosotros, puesto que la naturaleza, por virtud de una dulzura maternal, como por la mano, los acompaña y los guía á la práctica de todos los actos y comodidades de su vida, al par que á nosotros nos abandona al azar y á la fortuna, y nos obliga á mendigar por arte todo aquello que necesitamos para nuestra conservación, y nos rechaza siempre los medios de alcanzar, ni siquiera por la más violenta contención de espíritu, á la natural habilidad de los animales, de suerte que la brutal estupidez de éstos sobrepasa en comodidades de todo género cuanto nuestra divina inteligencia alcanza; atendido lo cual, tendríamos razón llamando á la naturaleza madrastra cruel é injustísima; pero nos equivocáramos, pues nuestra manera de ser no es tan desordenada ni deforme.

La naturaleza cuida universalmente por igual de todas sus criaturas y ninguna hay á quien no haya provisto suficientemente de todos los recursos necesarios para la conservación de su ser, pues las vulgares quejas que oigo preferir á los hombres (como la licencia de sus opiniones tan pronto los eleva por cima de las nubes como los rebaja á los antipodas), de que nosotros somos el solo animal desnudo sobre la tierra desnuda; ligado, agarrotado, no teniendo nada con que armarse ni cubrirse, sino los despojos de los otros seres, y de que á todas las demás especies la naturaleza las revistió de conchas, corteza, pelo, lana, púas, cuero, borra, pluma, escamas ó seda, según las necesidades de cada una, ó las armó de garras, dientes y cuernos para la defensa y el ataque, al par que las instruyó en todo cuanto las es pertinente, como nadar, correr, volar y cantar, mientras que el hombre no sabe ni andar, ni hablar, ni comer sin aprendizaje previo, y por sí solo únicamente á llorar acierta:

Tum porro puer, ut sævis projectus ab undis
 Navita, nudus humi jacet, infans, indigus omni
 Vitali auxilio, quum primum in luminis oras
 Nixibus ex alvo matris natura profudit,
 Vagituque locum lugubri complet; ut æquum est,
 Cui tantum in vita restet transire malorum?
 At variæ crescunt pecudes, armenta, feræque,
 Nec crepitacula eis opus est, nec cuiquam adhibenda est
 Almæ nutricis blanda atque infracta loquela;
 Nec varias quærunt vestes pro tempore cœli;
 Denique non armis opus est, non mœnibus altis,
 Queis sua tumentur, quando omnibus omnia large
 Tellus ipsa parit, naturaque dædala rerum !:

1. Semejante al marino á quien horrorosa tempestad arrojó á la playa, el niño viene á la tierra desnudo, sin palabra, desprovisto de todo auxilio para la vida

tales lamentos son completamente falsos; hay en el ordenamiento de las cosas del mundo una equidad más grande y una relación más uniforme. Nuestra piel está provista tan suficientemente, como la suya, de resistencia contra las injurias del tiempo; pruébanlo varias naciones que no conocen todavía el uso de los vestidos. Los primitivos galos iban casi desnudos; nuestros vecinos los irlandeses, que viven bajo un cielo tan frío, apenas se resguardan de la intemperie; pero por nosotros mismos podemos juzgar mejor de esa posibilidad, pues todas las partes del cuerpo humano que nos place llevar descubiertas al viento y al aire, resisten ambos elementos, como la cara, los pies, las manos, las piernas, los hombros, la cabeza, si la costumbre á ello nos convida. Si hay en nuestro organismo una parte poco resistente y que debiera resguardarse del frío, es el estómago, donde tienen lugar las funciones de la digestión; sin embargo, nuestros padres lo llevaban descubierto, y nuestras damas, tan blandas y débiles como son, suelen á veces ir descotadas hasta el ombligo. La envoltura de las criaturas tampoco es indispensable: las madres de Lacedemonia criaban las suyas dejando en completa libertad todos los miembros, sin sujetarlos ni envolverlos. Nuestro llanto es común á la mayor parte de los animales, y no hay casi ninguno que no se queje y gimotee, aun largo tiempo después de nacer, cosa bien adecuada á la debilidad que en ellos reconocen. Quanto al alimento, lo mismo que los otros seres lo reclamamos nosotros, y nos es tan natural é instintivo como á los animales;

Sentit enim vim quisque suam quam possit abuti *:

¿Quién pone en duda que un niño cuando llega á la edad en que ya no le basta el pecho de su madre pide que le den de comer? La tierra produce espontáneamente y ofrece al hombre lo suficiente para la satisfacción de sus necesidades, sin otro cultivo ni artificio: ved cómo en todo tiempo los animales encuentran en ella de qué nutrirse: las hormigas aprovisionan viveres para las estaciones más estériles del año. Esas naciones que acabamos de descubrir, tan copiosamente provistas de carnes y bebidas naturales, sin ningún género de industria, nos enseñan que el pan no es

desde el instante en que la naturaleza lo arrancó violentamente del seno maternal para que viera la luz. Llena con sus quejumbrosos gritos el lugar donde nace, ¿y cómo no ha de llorar el infortunado á quién esperan tantos males? Por el contrario, las fieras y los animales domésticos crecen sin dolor, no necesitan sonajeras ni tampoco el lenguaje infantil de nodriza cariñosa; la diferencia de temperatura no las obliga á mudar de vestido; tampoco han menester de armas para defender sus bienes ni de fortaleza para guardarlos, puesto que de su seno fecundo la naturaleza les prodiga sus inagotables beneficios. LUCRECIO, V, 253.

1. Porque cada animal tiene conciencia de sus fuerzas lo mismo que de sus necesidades. LUCRECIO, V, 1032.

nuestro único alimento, y que sin el cultivo la madre naturaleza nos provee plenamente de todo cuanto nos es indispensable, verosimilmente con mayor abundancia y riqueza que al presente en que empleamos toda suerte de labores y artificios :

Et tellus nítidas fruges, vinetaque læta
Sponte sua primum mortalibus ipsa creavit;
Ipsa dedit dulces foetus, et patula læta;
Quæ nunc vix nostro grandescunt aucta labore,
Conterimusque boves, et vires agricolarum 1:

el desarreglo y desbordamiento de nuestros apetitos sobrepasa las invenciones que empleamos para aplacarlos.

En cuanto á las armas ó medios de defensa nosotros disponemos de muchas que nos son más naturales que á la mayor parte de los otros animales, de movimientos más ágiles de nuestros miembros, y de aquéllos y de éstos sacamos mayor partido sin necesidad de instrucción previa. Aquellos que están habituados á combatir desnudos se les ve arrojar en peligros semejantes á los nuestros, que luchamos armados. Si algunos animales nos aventajan en los medios de pelea, nosotros llevamos ventaja á muchos otros. La costumbre de fortificar el cuerpo y de resguardarlo tiénela el hombre por instinto natural. El elefante aguza y afila los dientes de que se sirve para la guerra, pues tiene algunos que guarda para la lucha, los cuales reserva y no emplea para otros servicios. Cuando los toros se lanzan al combate esparcen y arrojan el polvo en rededor suyo; los jabalies aguzan sus colmillos; cuando el icneumon emprende la lucha con el cocodrilo, cubre todo su cuerpo de limo bien compacto y bien prensado y se provee así de una coraza: ¿por qué no decir que el hombre busca su defensa de una manera análoga en la madera y en el hierro?

En cuanto al hablar, puede decirse que si no nos es natural, tampoco nos es necesario. De todas suertes entiendo que un niño á quien se hubiera dejado en plena soledad, apartado de todo comercio humano, que sería un ensayo difícil de practicar, encontraría alguna manera de palabra para expresar sus concepciones: no es creíble que la naturaleza nos haya negado ese medio con que dotó á muchos otros animales; ¿pues qué otra cosa es sino hablar esa facultad que en ellos vemos de quejarse ó mostrar contento, llamar se unos en ayuda de otros ó invitarse al amor, todo lo cual ejecutan por medio de su voz? ¿Cómo no han de hablar entre ellos? Nos hablan á nosotros y también nosotros les hablamos; ¿de cuántos modos no conversamos con los pe-

1. Al principio la tierra produjo espontáneamente y brindó á los mortales sus verdes campiñas, sus cosechas doradas y sus viñedos risueños. Hoy apenas logramos arrancar los tesoros de su seno al cabo de prolongadas fatigas, después de agotar las fuerzas de los labradores y de los bueyes. LUCRECIO, II, 1157

ros y éstos nos entienden y nos contestan? De distinto lenguaje nos servimos con los pájaros, con los cerdos, con los bueyes, con los caballos, y cambiamos de idioma según la especie :

Così per entro loro schiera bruna
S'ammusa l'una con l'altra formica,
Forse a spiar lor via e lor fortuna 2.

Entiendo que Lactancio atribuye á los animales no sólo la facultad de hablar, sino también la de reír; y la diferencia de lenguaje que se ve entre nosotros, según las localidades, encuéntrase también en los animales de la misma especie. Aristóteles alega á este propósito el canto diverso de las perdices según la región que habitan

Variæque volucres...
Longe alias alio jaciunt in tempore voces...
Et partim mutant cum tempestatibus una
Raucisonos cantus 2.

Sería digno de saberse qué lenguaje emplearía el niño de que hablé antes, pues lo que por conjetura se dice no ofrece asomos de verosimilitud. Si contra mi parecer se alega que los sordos de nacimiento no hablan nunca, contestaré que la razón no reside solamente en que no pudieron recibir la instrucción de la palabra por el auxilio del oído, sino más bien porque este sentido que les falta está íntimamente ligado con el de la palabra y ambos se mantienen en muy estrecha relación; de suerte que las palabras que articulamos las hablamos primero mentalmente y las hacemos entender á nuestros oídos antes de enviarlas á los extraños.

Todo lo precedente tiene por objeto mantener la semejanza que existe entre las cosas humanas y las que á los animales son peculiares. El hombre no está ni por cima ni por bajo de los otros seres. Todo cuanto bajo el firmamento existe, dice el sabio, vive sujeto á ley y fortuna parecidas:

Indupedita suis fatalibus omnia vinclis 3 :

hay alguna diferencia, hay órdenes y gradaciones mas siempre bajo la apariencia de una misma naturaleza.

Res... quæque suo ritu procedit; et omnes
Fœdere naturæ certo discrimina servant 4.

1. Así, en el obscuro enjambre de un hormiguero se ven algunas que parecen abor darse y hablarse quizás para espiar los designios y fortuna recíprocas. DANTE, *Purg.*, c. XXVI, v. 34.
2. Los pájaros mudan de canto según el estado del tiempo... Algunos hay á quienes una estación nueva inspira nuevos acentos. LUCRECIO, V, 1077, 1080, 1082, 1083.
3. Todo está encadenado por los lazos del destino. LUCRECIO, V, 874
4. Todos los seres tienen su carácter peculiar; todos guardan las diferencias que las leyes de la naturaleza establecieron entre ellos. LUCRECIO, V, 921.

Preciso es limitar al hombre y colocarle dentro de las barreras de este orden natural. El hombre, sin embargo, no encuentra inconveniente en traspasarlas, estando como está sujeto y dominado por idéntica obligación que las demás criaturas de su misma naturaleza y de su mismo orden, y siendo como es de condición mediocre, sin prerrogativa alguna ni excelencia verdadera ni esencial; la que se apropió por reflexión ó capricho, carece en absoluto de fundamento. Si, en efecto, acontece que el hombre solo es entre todos los animales el único que goza de esa libertad de imaginación y de ese desorden de pensamientos que le representan á un tiempo mismo lo que es y lo que no es, lo verdadero como lo falso, superioridad es ésta que paga bien cara y de la cual tiene bien poco por qué glorificarse ni enaltecerse, pues de ella nace la fuente principal de los males que le agobian: el pecado, la enfermedad, la irresolución, el desorden, la desesperación. Digo, pues, para volver á mi propósito, que no hay razón alguna para suponer que los animales ejecutan por fuerza é inclinación natural las acciones mismas que nosotros realizamos por discernimiento é industria, y que debemos concluir que parecidos efectos suponen facultades análogas, y acciones más complicadas, más ricas facultades, y reconocer, en suma, que el mismo discernimiento é idéntico discurso de los que nos acompañan en nuestros actos, acompaña igualmente á los animales, ó acaso algunas otras facultades superiores á las nuestras. ¿Por qué imaginamos en los demás seres esa obligación natural y fatal, nosotros que no experimentamos ningún efecto semejante? Además, es mucho más digno el ser encaminado á obrar ordenadamente por natural é inevitable constitución, y acerca más á la divinidad, que el obrar ordenadamente por virtud de una libertad temeraria y fortuita, y también un medio más seguro de obrar bien encomendar á manos de la naturaleza las riendas de nuestra conducta que si nosotros las manejáramos. Hace nuestra vanidosa presunción que estimemos mejor deber á nuestras fuerzas que á la liberalidad divina nuestro valer y suficiencia; enriquecemos á los otros animales con los bienes naturales y nosotros renunciamos á ellos para honrarnos y ennoblecernos con las facultades adquiridas; enorme simpleza, á mi entender, pues yo tendría en mucho más las gracias que me pertenecieran por entero, las ingenuas, que las que se mendigan por medio del aprendizaje; ni reside en nuestro poder tampoco alcanzar una recomendación más alta que la de ser favorecidos por Dios y por la naturaleza.

Los habitantes de Tracia, cuando tienen que marchar sobre un río congelado, se sirven como guía de un zorro que camina delante de ellos. El animal aproxima su oído al hielo hasta tocarlo para advertir si el agua corre cerca ó

lejos; de la observación encuentra que la masa es más ó menos espesa, y así avanza ó retrocede. ¿Por qué no hemos de suponer que ese zorro hace un razonamiento idéntico al que nosotros podríamos hacer en caso de ejecutar la misma experiencia: «Lo que produce ruido, se mueve; lo que se mueve, no está helado; lo que no está helado, es líquido, y lo que es líquido no sostiene nuestro cuerpo.» Atribuir la habilidad del animal solamente á la fineza extrema de su oído, sin otra reflexión ni deducción, es pura quimera y no podemos aceptarla. Igual opinión deben merecernos tantas suertes de procedimientos y astucias como los animales emplean para librarse de nuestras acometidas y persecuciones.

Y si en pro de nuestra superioridad queremos argumentar que nosotros empleamos para fines útiles la maestría de los animales, sirviéndonos de ella cuando nuestra voluntad nos lo ordena, diré que esto en nada difiere de la ventaja ó superioridad que unos hombres tienen sobre otros; lo mismo dispone el hombre de sus esclavos. Las climácides en Siria eran unas mujeres que se destinaban, colocadas en igual posición que las bestias, á servir de estribo á las damas para subir al coche. La mayor parte de las personas libres abandonan á cambio de comodidades insignificantes la vida y el ser al poder de otro. Las mujeres y concubinas de los tracios se disputan el ser elegidas para ser sacrificadas en la tumba de sus maridos. ¿Han encontrado jamás los tiranos número bastante de hombres consagrados á su culto, y no los arrastraron á todos á la muerte como los dominaron en vida? Ejércitos enteros se comprometieron con sus capitanes; la fórmula del juramento en la ruda escuela de los gladiadores llevaba consigo las siguientes promesas: «Juramos dejarnos encadenar, quemar, azotar y recibir la muerte con la espada, y sufrir todo cuanto los gladiadores legítimos sufren de su amo»; y religiosamente consagraban el cuerpo y el alma al servicio del mismo:

Ure meum, si vis, flamma, caput, et pete ferro
Corpus, et intorto verbera terga seca¹:

constituía el juramento una obligación sacratísima, así que algunos años entraban en ella hasta diez mil y todos perecían. Cuando los escitas enterraban á su rey, estrangulaban sobre su cuerpo la que había sido más favorecida entre todas sus concubinas, su copero, el caballero, el chambelán, el huésped y el cocinero; y cuando se celebraba el aniversario mataban cincuenta caballos montados por cincuenta pajes previamente empalados, desde la cintura á la garganta, y los dejaban así en formación alrededor de la tumba

1. Quémame, consiento en ello; abrázame la cabeza, atraviésame el cuerpo de parte á parte con la espada y desgarras mis espaldas á latigazos. TIBULO, I, 8, 21.

del monarca. Los criados que nos sirven lo hacen con dificultad menor y nos suministran menos atenciones que las que nosotros prodigamos á los pájaros, á los caballos y á los perros. ¿A qué desvelos no nos sacrificamos en aras del bienestar y comodidad de todos esos animales? Ni los servidores más abyectos hacen de buen grado por sus amos lo que los príncipes se honran en ejecutar por sus animales. Viendo Diógenes apenados á sus parientes porque carecían de medios para rescatarle de la servidumbre: «Es locura, decía, desesperarse por tal cosa: el que me cuida y me mantiene es mi criado;» aquellos á cuya guarda están encomendados los animales deben considerarse más bien como servidores que como servidos. Los animales tienen algo de más generoso que los hombres, pues jamás ningún león se puso al servicio de otro león, ni ningún caballo al servicio de otro caballo, por miseria de ánimo. Como el hombre caza á las fieras, así los tigres y los leones cazan á los hombres: los unos y los otros practican un ejercicio semejante; los perros persiguen á las liebres, los sollos á las tencas, las golondrinas á las cigarras, los milanos á los mirlos y á las alondras:

Serpente ciconia pullos
Nutrit, et inventa per devia rura lacerta...
Et leporem aut capream famulae Jovis et generosae
In saltu venantur aves ¹.

Compartimos el fruto de nuestra caza con nuestros perros y nuestros pájaros, como el trabajo y la habilidad que desplegamos en el ejercicio de ella. Al norte de Anfipolis, en Tracia, cazadores y halcones salvajes distribuyen el botín en partes iguales. En la región que se extiende á lo largo del Palos Meótides, el pescador deja á los lobos una parte de su presa igual á la que se reserva; si no lo hace así, los lobos desgarran al punto sus redes. De la propia suerte que nosotros tenemos un modo de cazar en el cual la habilidad es más eficaz que la fuerza, que es la que se hace con el auxilio de lazos, y también la pesca de caña con anzuelo, vense también ingeniosidades parecidas en los animales. Aristóteles refiere que la jibia lanza de su cuello una membrana larga, como una caña de pescar, la cual extiende ó recoge á voluntad, á medida que advierte que algún pececillo se aproxima; le deja morder el extremo de la membrana, mientras el astuto animal se mantiene oculto en la arena ó en el légamo, y luego, poco á poco, la retira hasta que el pez está próximo y de un salto puede atraparlo.

Cuanto á la fuerza, no hay animal en la naturaleza toda expuesto á mayores peligros que el hombre. No ya el ele-

1. La cigüeña alimenta á su cría con las serpientes y los lagartos que encuentra lejos de los caminos transitados... el águila, favorita de Júpiter, caza en los bosques la liebre y el cabrito. JUVENAL, XIV, 74, 81.

fante, la ballena ó el cocodrilo y otros animales semejantes nos llevan inmensa ventaja, pues cualquiera de esas fieras corpulentas es capaz de destruir un gran número de hombres: los piojos bastaron para acabar con la dictadura de Sila ¹. El corazón y la vida de un emperador glorioso no son más que el desayuno de un gusanillo.

¿Por qué aseguramos que sólo el hombre dispone á su albedrío de conocimiento y de ciencia, que se sirve de una y otro para discernir de las cosas que le son útiles ó dañosas para la conservación de su salud ó para la curación de sus enfermedades, y que sólo á la especie humana es dado conocer las virtudes del ruibarbo ó del polipodio? Cuando vemos que las cabras de Candia, después de haber recibido alguna herida, eligen entre mil y mil hierbas el fresnillo para su curación; cuando la tortuga se come la vibora, busca al punto el orégano para purgarse; al dragón limpiarse y aclararse los ojos con el hinojo; á la cigüeña echarse lavativas con agua de la playa; á los elefantes, no sólo arrancarse las flechas de su propio cuerpo y extraerlas del de sus compañeros, sino también de sus amos, de lo cual da testimonio el del rey Poro, á quien venció Alejandro. Los dardos y venablos que recibieran en el combate se los quitan con destreza tal, que nosotros no acertaríamos á hacerlo con igual suavidad. ¿Por qué, pues, no decir igualmente que tales artes son hijas también de ciencia y discernimiento? Alegar, para deprimirlas, que obedecen sólo á maestría natural, no es despojarlas de aquellos dictados, es, por el contrario, dotar á los animales de mayor suma de razón que la que nosotros tenemos, puesto que, sin aprendizaje, disponen de tan singular destreza. El filósofo Crisipo, que no favorecía mucho las cualidades de inteligencia de los animales, menos que ningún otro filósofo, considerando los movimientos del perro que ha perdido á su amo ó persigue cualquier presa, y se encuentra en una encrucijada á la cual concurren tres caminos diferentes, y al ver que el animal olfatea un camino y luego otro, y después de haberse asegurado de ambos sin encontrar las huellas que busca, se lanza por el tercero sin titubear, no puede menos de confesar que ese perro raciocina del modo siguiente: «He seguido la huella de mi amo hasta esta encrucijada, necesariamente ha debido partir después por uno de estos tres caminos, y como no pasó por éste ni por el otro, preciso es que haya tomado el de más allá.» Asegurándose el can, sigue diciendo el filósofo, en la conclusión á que su argumento le lleva, ya no se sirve de su olfato para examinar el tercer camino, ni para nada lo sondea, sino que se deja llevar por la fuerza de su razón.

1. Alusión á la enfermedad pedicular de que murió Sila á la edad de sesenta años.

Ese rasgo, puramente dialéctico, ese uso de proposiciones divididas y conjuntas, en que no se echa de menos la enumeración suficiente de las partes, ¿no vale tanto que el perro lo conozca por sí mismo como por la doctrina del sabio Trebizonda¹?

Sin embargo, los animales tampoco son incapaces de recibir la instrucción humana; enseñamos á hablar á los mirlos, cuervos y loritos. Esta facilidad que en ellos reconocemos de suministrarnos su voz cadenciosa, testifica que esos pájaros están dotados de raciocinio, el cual les hace capaces de disciplina y voluntad para aprender á emitir sonidos articulados. A todos nos admira el ver la diversidad de monadas como los titiriteros enseñan á sus perros; las danzas en que no dejan de ejecutar ni una sola cadencia del son que escuchan, tantos movimientos y saltos como ejecutan á la voz que se les dirige. Todavía contemplo yo con admiración mayor los perros que sirven de guía á los ciegos, lo mismo en los campos que en las ciudades; ved cómo se detienen en determinadas puertas donde acostumbran á dar limosna á sus amos, cómo evitan el encuentro con toda suerte de vehículos al atravesar los sitios en que á primera vista parece haber lugar suficiente para pasar. Yo he visto á un perro que acompañaba á un ciego á lo largo de un foso, abandonar un sendero cómodo y tomar otro camino peor para apartar á su amo del peligro. ¿Cómo se había hecho comprender á aquel animal que su misión era solamente la de mirar por la seguridad de su amo, haciendo caso omiso de su comodidad por servirle? ¿Por qué medio había conocido que tal ruta, suficientemente espaciosa para él, no lo sería para un ciego? ¿Puede todo esto comprenderse sin raciocinio ni discernimiento?

No hay que olvidar tampoco el perro que Plutarco cuenta haber visto en Roma en el teatro de Marcelo, hallándose en compañía del emperador Vespasiano, el padre. Ese perro pertenecía á un titiritero, que era también actor, y el animal tomaba parte en las representaciones como su amo. Entre otras cosas, era preciso que hiciera el muerto durante algunos minutos, á causa de haber comido cierta droga: después de tragado el pan con que se simulaba el veneno, comenzaba á tiritar y á temblar como si estuviera aturdimiento; finalmente, se dejaba caer redondo, como sin vida, y consentía que le arrastrasen de un lugar á otro, conforme el argumento de la obra lo exigía; luego, cuando echaba de ver que la oportunidad era llegada, empezaba primero á moverse, cual si despertara de un sueño profundo, y levantando la cabeza miraba á todos lados de un modo que dejaba pasmados á todos los asistentes.

1. Erudito griego que vivió en el siglo XV.

Los bueyes que trabajaban en los jardines reales de Susa, nacían dar vueltas á enormes ruedas para elevar el agua; á esas ruedas estaban sujetos los alcahuciles (muchas máquinas semejantes se ven en el Languedoc). Habíaseles enseñado á dar cien vueltas cada día, y tan hechos estaban á que no fueran más ni menos, que no había medio humano de hacerles dar una más. Cuando llegaban á la ciento se detenían instantáneamente. El hombre necesita encontrarse en la adolescencia para saber contar hasta ciento, y las naciones recientemente descubiertas no tienen idea alguna de la numeración.

Mayor fuerza de raciocinio supone dar instrucción á otro que recibirla; de suerte que, dejando á un lado lo que Demócrito asegura y prueba de que la mayor parte de las artes las hemos recibido de los animales, como por ejemplo: el tejer y el coser, de la araña; el edificar, de la golondrina; la música, del cisne y del ruiseñor, y de la imitación de otros animales aprendimos la medicina, Aristóteles afirma que los ruiseñores enseñan el canto á sus pequeños, empleando para ello tiempo y desvelos, por donde se explica que los que nosotros enjaulamos pierden mucho en la gracia de su canto, porque no aprendieron con sus padres. De aquí podemos deducir que esos pajarillos realzan su habilidad con el estudio y la disciplina, y aun entre los que vuelan en libertad no hay dos cuyo canto sea idéntico: cada uno aprovechó la lección conforme á su capacidad. Por la rivalidad del aprendizaje entran en lucha los unos con los otros, con ímpetu y arrojo tales, que á veces el vencido fenece falta de aliento, del cual se priva antes que de la voz. Los más jovencuelos rumian pensativos y se esfuerzan en imitar algún fragmento del canto; oye el discípulo la lección de su preceptor y la repite con el mayor esmero; los unos permanecen mudos mientras los otros cantan; todos atienden á la corrección de los defectos, y á veces sienten los resultados de las reprensiones del maestro. Arriano cuenta haber visto un elefante de cuyos muslos pendían dos cimbales y otro sujeto á la trompa; al son de los tres, sus compañeros danzaban en derredor del músico, agachándose ó levantándose, según las cadencias que la orquesta marcaba, y cuya armonía era gratisima. En las diversiones públicas de Roma se veían ordinariamente elefantes adiestrados en el movimiento y la danza, que ejecutaban al son de la voz; veíaseles también bailar en parejas adoptando posturas caprichosas, muy difíciles de aprender. Otros había que ensayaban su lección y que se ejercitaban solos para recordarla y no ser castigados por el maestro.

La historia de la urraca, de que nos habla y da fe Plutarco, merece también particular mención. Teníala un barbero, en Roma, en su establecimiento, y el animalito hacía

maravillas imitando cuantos sonidos oía. Ocurrió que, en una ocasión, se detuvieron frente á la tienda unos trompeteros que tocaron largo tiempo; después de haberlos oído, todo el día siguiente la urraca permaneció pensativa, muda y melancólica, de lo cual todo el mundo estaba maravillado, pensando que el sonido de las trompetas la habría aturrido; y que, con su oído, su canto hubiera quedado extinto; pero al fin descubrieron que, en realidad, la urraca estaba sumida en profundas meditaciones, abstraída en sí misma, ejercitando su espíritu y preparando su voz para imitar la música de aquellos instrumentos; así que lo primero que hizo después de su silencio, fué remedar perfectamente el toque de las trompetas con todos sus altos y bajos, y vencido ya el nuevo aprendizaje, desdendió como insignificantes sus habilidades anteriores.

Tampoco quiero dejarme en el tintero el caso de un perro que Plutarco dice haber visto (y bien advierto que no procedo con mucho orden en mis ejemplos, pero téngase en cuenta que lo mismo hago en todo mi libro). Hallábase Plutarco en un navio y se fijó en un perro que hacía grandes esfuerzos por beber el aceite que estaba en el fondo de una vasija, donde no podía alcanzar con su lengua á causa de la angostura de la boca del cacharro; el can se procuró piedras que metió dentro de la vasija hasta que el líquido rebosó, y pudo con toda comodidad tenerlo á su alcance. ¿Qué acusan esas faenas, sino un entendimiento dotado de la mayor sutileza? Dícese que los cuervos de Berbería hacen lo propio cuando el agua que quieren beber está demasiado baja. Estos casos se asemejan á lo que referia de los elefantes un rey del país donde estos animales viven: cuando por la destreza de los cazadores uno de aquellos cae en los profundos fosos que se les preparan, que se cubren luego de broza menuda para atraparlos, los demás llevan, con diligencia suma, gran cantidad de piedras y madera, á fin de que con tal argucia pueda escapar el prisionero. Pero los actos de estos animales se relacionan por tantos otros puntos con la habilidad humana, que si fuera á detallar menudamente cuanto de ellos la experiencia nos enseña, probaria fácilmente mi aserto, esto es, que existe mayor diferencia de tal á cual hombre, que la que se encuentra entre tal hombre y tal animal. Un individuo, á cuya guarda estaba encomendado un elefante en una casa de Siria, robaba en cada comida de su pupilo la mitad del pienso que tenia orden de darle; un día quiso el propio amo servir la comida al animal, y vertió en él pesebre la medida cabal que había prescrito para su alimentación; el elefante miró con malos ojos á su desconocido servidor y separó con su trompa y puso á un lado la mitad, declarando con ello el engaño de que venia siendo víctima. Otro que estaba á cargo de un individuo que ponía piedras en el

pesebre para aumentar la medida, aproximóse al puchero donde hervia la carne para su cena y lo llenó de ceniza. Ambos sucedidos sólo son casos aislados, mas lo que todo el mundo ha visto y todo el mundo sabe, es que en los ejércitos que guerreaban en los países de Levante, una de las resistencias mayores la constituían los elefantes, de los cuales se obtenian resultados, sin ponderación mayores que los que se alcanzan hoy con la artillería, que, con escasa diferencia, hace sus veces en una batalla bien conducida (pueden juzgar de esto más fácilmente los que conocen la historia antigua):

Siquidem Tyrio servire solebant
Annibali, et nostris ducibus, regique Molosso,
Horum majores, ot dorso ferre cohortes,
Partem aliquam belli, et euntem in praelia turrim ¹.

Necesario era que los romanos tuvieran cabal confianza en la habilidad de aquellos animales y en sus facultades reflexivas para dejar á su albedrío la vanguardia de un ejército, precisamente el lugar en que la menor parada que hubieran hecho, el más insignificante incidente que les hubiera obligado á volver la cabeza hacia sus gentes, habria bastado para desquiciarlo todo, á causa del enorme tamaño y del peso de sus cuerpos. Menos ejemplos se vieron de que los elefantes se lanzasen sobre las tropas á quienes habian de ayudar, que ocasiones hemos visto de pelear y matarse entre si los soldados de un mismo bando. Encomendábaseles la ejecución, no sólo de movimientos sencillos, sino también de operaciones complicadas. Análogos servicios prestaban los perros á los españoles en la conquista de las Indias, y los pagaban sueldo y los daban participación en el botín. Estos animales mostraban tanta destreza y juicio en la persecución y vencimiento de sus enemigos y en el logro de la victoria, en avanzar ó retroceder, según los casos, en distinguir los amigos de los enemigos, como de ardor y valentía.

El hombre admira y se fija más en las cosas peregrinas y singulares que en las ordinarias. Por esta razón me he detenido en enumerar tantas que son prodigiosas. A mi ver, quien examinara de cerca cuanto vemos entre los animales que viven entre nosotros, encontraria sucesos tan admirables como los que se nos dice que acontecieron en países y siglos remotos. Idéntica es la naturaleza, é inalterable es su curso: el que hubiera concienzudamente penetrado el estado actual de la misma, podría con seguridad conocer las leyes que se cumplieron en el pasado y seguirán en lo porvenir cumpliéndose. Yo he visto algunos hombres entre

1. Antiguamente los elefantes combatían en los ejércitos de Anibal, en los del rey del Epiro y al lado de los generales romanos; sobre sus lomos llevaban cohortes y torres, que se veían avanzar en medio de los combatientes. JUVENAL, XII, 107.

nosotros, que vinieron por mar de lejanas tierras, y como no entendíamos nada de su lenguaje, y porque sus maneras, su continente, sus vestidos, no guardaban ninguna analogía con los nuestros, todos los considerábamos como brutos y salvajes; todos achacábamos á estupidez y animalidad el verlos mudos, ignorantes de la lengua francesa, ignorantes de nuestros besamanos y de nuestras reverencias rastreras, de nuestro porte y modales, en los cuales, según nuestro modo de ver, debe tomar su patrón la naturaleza humana. Cuanto se nos antoja extraño lo condenamos sin remisión, y hacemos lo mismo con todo lo que no entendemos, como sucede con las ideas que de los animales nos formamos. Tienen éstos muchas cualidades que se asemejan á las nuestras, que se relacionan con nuestro modo de ser, y sólo de ellas por comparación podemos formarnos una idea más ó menos conjetural; mas de las que les son peculiares y características, ¿qué conocimiento tenemos? Los caballos, los perros, los bueyes, las ovejas, los pájaros y la mayor parte de los animales que viven con el hombre, reconocen nuestra voz y la obedecen; todavía hacía más la murena de Craso, que se acercaba á su mano cuando la llamaba, y lo propio hacen las anguilas de la fuente de Aretusa. Yo he visto muchos estanques en que los peces acuden para comer á la voz de los que los cuidan:

Nomen habent, et ad magistri
Vocem quisque sui venit citatus¹:

de lo cual podemos deducir la admirable inteligencia de esos animales, como también puede con verosimilitud suponerse que los elefantes ejercen algunas prácticas religiosas, pues se les ve, después de lavarse y purificarse, levantar la trompa como si fueran sus brazos, fijar la mirada hacia el sol levante y permanecer durante largo tiempo en actitud meditativa y contempladora á determinadas horas del día; y ejecutan esta ceremonia por inclinación propia, sin enseñanza ni precepto. Mas aunque en los animales no viéramos ningún asomo de culto, no por ello nos es dable asentar que no tengan religión ni tampoco sacar consecuencias de lo que de ellos nos es desconocido. Algo podemos derivar de sus acciones cuando se asemejan á las nuestras, como la que advirtió el filósofo Cleanto, el cual refiere que vió salir un hormiguero de su nido conduciendo el cuerpo de una hormiga muerta á otro hormiguero, del cual varias le salieron al encuentro como para parlamentar con las primeras, y luego de haber permanecido juntas algunos minutos, volvieron á su casa los del segundo para dar cuenta de la entrevista á sus conciudadanas, ó hicieron así dos ó

1. Tienen un nombre, y cada uno de ellos acude á la voz del amo cuando los llama. MARCIAL, IV, 23, 6.

tres viajes, sin duda por la dificultad de la capitulación, hasta que por fin las últimas trajeron á las primeras un gusano de su guarida en calidad de rescate por el muerto; las primeras cargaron con el gusano y lo llevaron á su casa, dejando á las otras el cuerpo de la difunta. Tal es la interpretación que dió Cleanto á ese espectáculo, testimoniando con ello que los animales que carecen de voz, no dejan, sin embargo, de mantener práctica y mutua comunicación; si nosotros no los comprendemos, nuestra es la torpeza y consiguientemente la de meternos neciamente á hablar de lo que no entendemos. De suerte que los animales ejecutan acciones que sobrepasan con mucho nuestra capacidad, á las cuales nos es imposible llegar por la imitación y que ni siquiera por imaginación podemos concebir. Aseguran algunos que en aquel gran combate naval que Antonio perdió contra Augusto, la galera de éste fué detenida en medio de su camino por el pececillo que los latinos llaman *remora* á causa de la propiedad que tiene de detener los navios á que se sujeta. El emperador Caligula, volando con una gran flota por las costas de la Romanía, sufrió el mismo percance; sólo su galera fué detenida de pronto por aquel pececillo, al cual mandó coger, pegado como estaba en la base de su barco, malhumorado de que un animalillo tan insignificante pudiera hacer frente al mar, á los vientos y á la violencia de los remos con permanecer sólo sujeto por la boca á los navios. Caligula se admiró, no sin razón, de que al verlo de cerca dentro del barco no tuviera ya la misma fuerza que cuando estaba en el agua. Un ciudadano de Cizique alcanzó en lo antiguo reputación de entendido meteorólogo por haber observado las costumbres del erizo, el cual tiene su madriguera abierta por distintos lugares en la dirección de los diversos vientos; y como posee la facultad de prever el que reinará, tapa el agujero del mismo lado que ha de soplar; visto esto por aquel individuo, hizo saber á su ciudad el viento que reinaría. El camaleón toma el color del lugar en que permanece; el pulpo adopta el color que le place, según los casos, ya para guardarse del peligro que teme, ya para atrapar la presa que busca; la modificación en el primero significa cambio de pasión y en el segundo cambio de acción. El hombre experimenta algunas mutaciones impulsado por el horror, la cólera, la vergüenza y otras causas que alteran el aspecto de su fisonomía; todas las cuales son efectos del sufrimiento, como le ocurre al camaleón; si la ictericia nos pone amarillos, en esta amarillez no toma parte alguna nuestra voluntad. Esos actos que vemos realizar á los demás animales, y que prueban en ellos mayor habilidad y destreza de las que nosotros somos capaces, acreditan en ellos la existencia de alguna facultad superior que no conocemos, como tampoco muchas otras de sus cualida

des y fuerzas, de las cuales no alcanzamos rastro alguno.

De todos los medios de predicciones empleados en los tiempos pasados, las más antiguas y seguras eran las que se deducían del vuelo de las aves; nada tenemos nosotros tan admirable que á ello se asemeje. El concierto y el orden en el movimiento de sus alas, por virtud del cual se alcanza la noción de las cosas venideras, menester es que sea encaminado por algún medio excelente á una tan elevada conclusión: atribuir resultado tan peregrino á natural instinto sin el concurso de la inteligencia ni del raciocinio, es tomar las cosas demasiado al pie de la letra sin detenerse á interpretarlas; es formarse una idea absolutamente falsa. Prueba concluyentemente mi aserto, entre otros animales, la torpilla, que no sólo posee la facultad de adormecer los miembros que se ponen en contacto con ella, sino que aun al través de los hilos y de la red transmite una adormecida pesadez á las manos de los que la mueven ó manejan, y hasta dicese que vertiendo agua sobre ella siéntese llegar el adormecimiento hasta la mano, de abajo arriba, al través del agua. Tan maravillosa propiedad no es inútil al animal, quien la advierte y emplea para apoderarse de la presa que busca, ocultándose bajo el cieno á fin de que los otros peces, al deslizarse por encima, se adormezcan con la frialdad que les comunica y caigan en su poder. Las golondrinas, las grullas y otras aves viajeras, cambian de residencia según las estaciones del año, mostrando suficientemente con tal costumbre, que ejercen á voluntad, la facultad adivinadora que poseen y de que se sirven. Aseguran los cazadores que para escoger entre varios perrillos el que deben reservarse como superior á los otros, basta con colocar á la madre en condiciones de poder elegirlo ella misma; separando los animalitos de la perrera, el primero que ella coja será siempre el mejor; ó bien simulando poner fuego por todas partes al lecho de los perrillos, aquel que primero sea auxiliado aventajará á los demás. Infírese de aquí que los animales son hábiles para adivinar y que nosotros carecemos de tal facultad, ó bien que son dueños de alguna virtud singularísima para juzgar á sus pequeñuelos, diferente de la nuestra y mucho más penetrante.

La manera de nacer, engendrar, amamantar, obrar, vivir y morir de los animales es análoga á la humana; cuantas ventajas atribuimos á nuestra condición en menoscabo de la suya son gratuitas; la razón del hombre es incapaz de advertir esa superioridad. Para la conservación de nuestra salud, los médicos nos proponen como ejemplo el vivir á la manera de las bestias; la siguiente receta se oye en boca del pueblo constantemente: « Mantened calientes los pies y la cabeza; en todo lo demás vivid como los irracionales. »

El acto principal entre todos los naturales es la generación; el hombre y la mujer tienen para ella los órganos mejor dispuestos que los animales, á pesar de lo cual los médicos preceptúan que nos las arreglamos animalmente en este punto:

More ferarum,
Quadrupedamque magis ritu, plerumque putantur
Concipere uxores: quia sic loca sumere possunt,
Pectoribus positis, sublati semina lumbis 1;

desechando como perjudiciales esos movimientos indiscretos é insolentes que las mujeres ponen en práctica, y encaminándolas á imitar el ejemplo y uso de los irracionales de su sexo, más tranquilo y moderado:

Nam mulier prohibet se concipere atque repugnat,
Clunibus ipsa vini Venerem si læta retractet,
Atque exossato ciet omni pectore fluctus.
Eicit enim sulci recta regione viaque
Vomerem, atque locis avertit seminis ictum 2.

Si procediendo conforme á justicia debe otorgarse á cada uno lo que se le debe, diremos que los animales sirven, aman y defienden á sus bienhechores; persiguen y ultrajan á los extraños y á los que les ofenden, por donde practican una justicia semejante á la nuestra, y vemos también que proceden con igualdad equitativa en el cuidado de sus pequeñuelos. Cuanto á la amistad, los animales la practican sin ningún género de duda más constante y más viva que los hombres. Hircano, el perro del rey Lisimaco, no quiso abandonar el lecho de su amo cuando éste murió, ni tampoco comer ni beber, y el día que quemaron el cuerpo se arrojó al fuego y se abrasó. Parecida acción ejecutó también el perro de un individuo llamado Pirro, que no quiso moverse del lecho de su dueño desde el instante en que murió, y cuando se llevaron el cadáver se dejó conducir con él, lanzándose también en la hoguera donde el cuerpo de su amo fué quemado. Nacen á veces en el hombre ciertas inclinaciones al afecto sin que la reflexión intervenga, las cuales derivan de una causa fortuita y algunos llaman simpatías; los animales son tan capaces como nosotros de tenerlas: vemoslos tomarse cariño recíproco, ya por el color del pelo ó por el aspecto del semblante, y donde quiera que se encuentren unirse al punto con ademán contento y muestras de buena acogida, al par que rechazan la compañía de otros y á veces los odian. Como nosotros, los animales tienen sus preferencias en sus amo-

1. Comunmente se cree que para que sea fecunda la unión de los esposos debe practicarse en la actitud de los cuadrúpedos; pues de este modo la situación horizontal del pecho y la elevación de los riñones favorecen la dirección del líquido generador. *Lucrecio*, IV, 1,261.

2. Los movimientos lascivos con que la mujer excita el amor del hombre son un obstáculo para la fecundación, porque apartan el arado del surco y desvían los gérmenes del lugar donde deben dirigirse. *Lucrecio*, IV, 1,266.

res y efectúan una selección entre las hembras; tampoco están exentos de nuestros celos y envidias irreconciliables y extremos.

Los apetitos son ó naturales y necesarios, como el beber y el comer, ó naturales é innecesarios como el comercio con las hembras, y también los hay que no son naturales ni necesarios; entre éstos figuran casi todos los de los hombres, como superfluos y artificiales. Es maravilla lo poco que ha menester la naturaleza para su contentamiento y cuán poco nos deja que desear. Los aprestos de nuestras cocinas son ajenos á los preceptos naturales; dicen los estoicos que el hombre podría sustentarse con una aceituna al día; la delicadeza de nuestros vinos tampoco incumbe á su regla, ni los atractivos que añadimos á los placeres del amor:

Neque illa
Magno prognatum deposcit consule connum ¹.

Estos apetitos extraños que la ignorancia del bien y las ideas falsas han incrustado en nosotros son tan numerosos, que alejan por completo de nuestra vida los exclusivamente naturales, ni más ni menos que si en una ciudad hubiera tan gran número de extranjeros que bastaran á expulsar á los que nacieron en ella, ó acabaran con la autoridad y poderío antiguos, usufructuándolos y haciéndose señores de ella. Los animales son mucho más ordenados que nosotros y saben contenerse con mayor moderación dentro de los límites que la naturaleza nos ha prescrito; pero no con tanta escrupulosidad que deje de quedarles alguna analogía con nuestra vida licenciosa, y así como se vieron deseos furiosos que empujaron á los hombres al amor de las bestias, hubo también animales á quienes ganó el amor humano, y que experimentaron afecciones monstruosas de una especie á otra. El elefante rival de Aristófanes, el gramático, se enamoró de una joven vendedora de flores en la ciudad de Alejandría, á quien aquél amaba, y desempeñaba su papel como el más apasionado de los galanes: paseábase por el mercado de frutas, cogía algunas con su trompa y se las llevaba á su amada; procuraba no perderla de vista é introducía su trompa en su seno por bajo del corpiño y le tentaba los pechos. Hablan también algunos de un dragón enamorado de una joven, y de una oca enamorada de un niño en la ciudad de Asopa, y de un carnero que idolatraba á la artista Glaucia. Todos los días vemos monos furiosamente prendados de amor por las mujeres. Vense igualmente ciertos animales que se dan al amor siendo ambos del mismo sexo. Opiano y otros autores refieren algunos ejemplos en testimonio del respeto que

¹ La voluptuosidad no le parece más viva en los brazos de la hija de un consúl. HORACIO, *Sát.*, I, 2, 69.

las bestias en sus matrimonios profesan á la parentela; mas en este punto la experiencia nos muestra lo contrario con frecuencia sobrada:

Nec habetur turpe juvenæ
Ferre patrem tergo; fit equo sua filia conjux;
Quasque creavit, mit pecudes caper; ipsaque cujus
Semine concepta est, ex illo concipit ales ¹.

¿Puede encontrarse un caso más peregrino de maliciosa sutilidad que el de la mula del filósofo Thales? Iba la caballería cargada de sal y tuvo que atravesar un río, y habiendo tropezado, los sacos se mojaron de tal modo que la sal se deshizo y la carga se aligeró; advertida esta circunstancia por la mula, se metía en los arroyos que encontraba al paso cuando llevaba el mismo cargamento, hasta que su amo, echando de ver su astucia, la cargó de lana; entonces no produciéndola el baño el efecto apetecido dejó ya de meterse en el agua. Algunos animales representan al desnudo el aspecto de nuestra avaricia, pues se les ve con ansia extrema apoderarse de cuanto pueden y esconderlo cuidadosamente aunque ningún empleo hayan de hacer de ello. En punto á los quehaceres domésticos nos sobrepasan con ventaja, no sólo por la previsión que ponen en amontonar y guardar para el porvenir, sino que poseen para ello los conocimientos necesarios: las hormigasorean sus granos y semillas á fin de que se mantengan frescos y secos cuando notan que principian á enmohecerse y á volverse rancias, evitando así que se corrompan y se pudran. La previsión y precaución que emplean para morder los granos de trigo sobrepasa á cuanto pueda imaginar la prudencia humana: como el trigo no permanece siempre seco ni bien conservado, sino que se ablanda y deshace convirtiéndose en una pasta lechosa cuando la germinación se produce, pierde entonces para las hormigas sus propiedades nutritivas; por eso muerden el extremo del grano por donde la germinación empieza.

Por lo que respecta á la guerra, que es la más aparatosa de todas las acciones humanas, quisiera yo saber si con nuestra preponderancia en ella aspiramos á ganar alguna prerrogativa, ó, si por el contrario, pretendemos testimoniar nuestra debilidad é imperfección, pues que la ciencia que tiene por misión el destruirnos y acabarnos, arruinar y aniquilar nuestra propia especie, no tiene por qué ser deseada de los animales, quienes la desconocen ²:

¹ La ternera se entrega sin escrúpulo á su padre; la yegua sacia los deseos del caballo que la engendró; el macho cabrío se une á las cabras que de él nacieron; el pájaro fecunda al ave á quien dió el ser. OVIDIO, *Metam.*, X, 326.

² Y entre las mismas fieras, por crudelísimas que sean, hay común paz. La fiera de los leones cesa con los de su género; el puerco montés no acomete á otro puerco; un lince no pelea con otro lince; un dragón no se ensaña con otro dragón... Solamente los hombres, á quien más convenia la humanidad y la paz,